

PERDER EL MIEDO AL SÍNDROME DE ESTOCOLMO.

Enrique Pérez Ámez

De vez en cuando y desde hace algún tiempo, vengo leyendo en la prensa comentarios ácidos, corrosivos, descorazonadores y sobre todo “desconcertados”; más estrictamente diría “desnortados”, sobre la cosa religiosa, su incidencia en la sociedad y derroteros por los que “el cachondo mental” del hombre actual va encaminando su vida, costumbres, ambiciones y prioridades.

Los estudiosos de “lo religioso” se echan las manos a la cabeza, lagrimean, se escandalizan. Como casi siempre ponen verde, cuando no matan, al mensajero que se les acerca en forma de cruda encuesta, estadística, o hechos concretos con que la sociedad nos obsequia y se desenvuelve buscando su propio camino, el sentido diario de su existencia y la proyección que con sus acciones pretende engendrar y parir un futuro distinto, unos valores que nada tienen que ver con los actuales por la sencilla razón de que éstos últimos se han quedado anticuados, deslucidos y mohosos.

Las instituciones de todo tipo, -entre ellas destaca la Iglesia Católica, por mucho que se empeñe en mirar para otro lado-, se suelen aferrar, en su desorientación y desesperación, a una tabla de salvación que ni ellas mismas saben en qué consiste y dónde está. Mientras la sociedad evoluciona y busca con esfuerzo razones para vivir y razones para esperar, la Iglesia Católica sigue apegada a tradiciones, tics y “ciertas maneras” que la delatan dejándola con el culo -santo, eso sí- al aire y sin atractivo.

Cuantos hemos abandonado nuestras antiguas funciones eclesiásticas -somos muchísimos miles- nos hemos ido hartos, hastiados de tantas tiranías e injusticias como hemos tenido que soportar: os recuerdo los cánones 668 y 702; y aberrantes humillaciones con que nos han obsequiado “antes del parto, durante el parto y después del parto”.

“Aquí se castra la inteligencia”, rezaba un slogan en un Seminario. Con el llamado “pueblo de Dios” -título con que la Iglesia distingue a sus fieles cuando le conviene- ha pasado tres cuartos de lo mismo. ¿De qué se quejan ahora? ¿De las iglesias vacías, de los seminarios reconvertidos en Centros Geriátricos y hosteleros, etc? Cuando se siembran tempestades, ya se sabe, las cosechas son pobres en resultados y pródigas en topillos.

Esta es mi carta de presentación y salutación a través de este espacio mediático dirigido a todos cuantos nos hemos ido con dolor, pero sin complejos. En mi

ingenuidad trato de ayudar a superar el síndrome de Estocolmo a cuantos aún lo sufren. También tendiendo la mano desde esta página a quienes -buscadores infatigables de “su verdad” - pueda servir de pequeño faro que oriente sus búsquedas y sirva como descanso del guerrero para todos cuantos “un pelín cansados”, se decidan a leerme.

“No tengáis miedo”, solía decir el Papa Juan Pablo II. Me gusta la frase recopilatoria de toda una filosofía impregnada de búsqueda, de riesgo, de inquietud humana. Sin embargo ya no me hace tanta gracia el trasfondo que encierra, el cómo se ha interpretado; no resulta fácil explicarle el contenido del “no tengáis miedo” al ex-ministro de cultura sandinista, Cardenal, cuando el papa le saludó mostrándole el dedo índice acusador, cargado de reproches y desprecios.

Por eso, amigos, que un venturoso día decidisteis dar el paso que os integró en la sociedad moderna, inquieta, con ansias de saber; mis más sinceros deseos de encuentro y respeto para con “todo bicho viviente”: no hay nada ni nadie a quien podamos tener miedo. Para eso, para perder el miedo al miedo y darle un corte de mangas, nace esta página.

Anímate tú también a participar en ella, no sólo queremos ser receptores, deseamos decirnos y decir a la sociedad muchas cosas: no nos volvimos “estúpidos” o “inútiles” en el momento en que decidimos emprender una vida distinta.

Un abrazo: Enrique Pérez Ámez.